

LA ISOCARRO

La isocarro fue el vehículo de trabajo de mi padre durante años. Servía para llevar materiales, o la leña y el carbón, o las gaseosas y los sifones de la exageradamente llamada **fábrica** de gaseosas *La Casita*, en **Los Molinos**.

Una vez bajó a Madrid, para semejante desplazamiento invirtió todo un santo día, y llegó a casa, la pobre, quejumbrosa, al atardecer.

Otra vez a **Robledo de Chavela** a por unos melones. Cuando mi padre ofreció los melones a un frutero del pueblo, este abrió uno y estaba pasado, otro, lo mismo. Así que mi padre decidió volver llevar los melones a donde habían venido. El asunto quedó bien, le devolvieron el dinero. La Isocarro quedó aparcada en el patio desprendiendo un olor dulzón, que duró varios días.

También nos acompañaba en eso que ahora llamamos ocio; en fin, los domingos nos llevaba mi padre al campo a comer una tortilla de patata y de paso a ver correr los conejos entre los **cambröños**.

Y, **en 1963** mi padre estuvo todo el verano haciendo una carroza para participar en la **Romería de la Virgen de El Espino**. Realizó una réplica de la gruta del Reajo con corcho, sobre una plataforma de madera, que iría colocada sobre la Isocarro. Mi madre nos hizo a mis hermanas y a mí, unos trajecitos de pastora; las faldas con restos de una cortina floreada, las enaguas con puntillas, los chalecos de terciopelo negro y las blusas de blanco hilo.

!Ganamos el **segundo premio!**

Pasados unos cuantos años, la Isocarro, no podía con su alma, no podía ni recorrer doscientos metros, cuando no se averiaba el carburador, eran las bujías y si no era una rueda.

Y un día quedó inmovilizada en el patio entorpeciendo el paso, mi padre aún tenía la intención de repararla. Con la adquisición de una furgoneta olvidó esa intención y la motocarro fue a parar al fondo del jardín, al lado del pozo, pegada a la pared de la casa del vecino.

Mis hermanas y yo, colonizamos la Isocarro y se convirtió en una “casita”. Pasábamos horas colocando tablas, tejas y ladrillos para hacer la mesa, la cocina y las cunas para los muñecos.

Saqueábamos el armario de mi abuela y nos hacíamos con cortinas y trozos de sábanas. Cortábamos pañales, mantelitos y colchas, sentadas en el suelo. Tramábamos juntas la organización dentro de la caja de la Isocarro.

Trepábamos por el sillín de la Isocarro, que habíamos cubierto con una colcha sujeta con pinzas de ropa en forma de tienda de sioux y bajábamos por un tobogán que fue tablero de una mesa y nos dejaba la ropa hecha trizas, para ¡regocijo! de mi madre.

En la Isocarro nos movíamos las tres, 5,3 y 2 años y acoplábamos los muñecos.

La magia del juego residía en el refugio que uno se construye. R. Kipling.

Al poco tiempo inauguramos una “tienda”, ampliamos el espacio al pozo, que siempre estaba cerrado con una chapa. En el brocal expusimos todos nuestros artículos; teníamos frutas y verduras de plástico y cajitas que

semejaban la *Maizena*, o el *Cola-Cao* pero la sección de frutas y verduras era la más vistosa.

Teníamos manzanas y ciruelas, que cogíamos de los árboles sin que nos viera nadie ¡!, luego las **acederas** eran las espinacas, la **morera** las acelgas en montoncitos...las **flores de saúco**, todas juntitas se convertían en estupendas coliflores... **achicoria**, **hierbabuena**... saltábamos al prado y cogíamos hierbas que convertíamos en guisantes o espárragos. No pasaba una mañana sin salir alguna con las piernas o las manos ortigadas.

Al pie de la **Peñota**, en Los Llanos recogíamos **poleo** y **tomillo** y **cantueso** entre las piedras, que después de restregarnos las manos como habíamos visto mil veces hacer a mi padre iban a parar a un capacho de plásticos de mil colores.

Los bulbos de los **lirios** eran los nabos. Del **diente de león**, llamada *meonas* por nosotras hacíamos dos partes, sus raíces, que eran zanahorias y sus flores amarillas y de paso soplábamos los molinillos. Las **malvas** nos daban tomatillos. Las **margaritas** y las **flores sanjuaneras** para hacer manzanilla, como nos enseñaba mi abuela. En la solana del jardín cortábamos **margaritas maravillas** que mi abuela decía lo curaban todo nos proporcionaban el botiquín. Separábamos los pétalos naranjas "me quiere, no me quiere" y los echábamos en tubos de *Optalidón*. Allí mismo, subiendo en la tapia hacíamos "gallo – gallina" con las flores de la **acacia**.

Éramos unas recolectoras afortunadas porque la vegetación de la **Sierra de Guadarrama** era generosa con nuestra tienda.

Todas las mañanas había que renovar el género, que se había puesto mustio con el calor y el juego nunca se acababa.

¡Ah! Y las gallinas. Vivían en el patio de casa y el prado de al lado.

Al anochecer se metían en el muladar y a su palo, quietecitas hasta el alba

Corrían rápido de un lado para otro como buscando algo, como si protagonizaran una película en blanco y negro cuyos personajes corren despavoridos por la pantalla. Si las observas un ratito te marean, unas detrás otras corriendo y picoteando el suelo, nunca sabes si están comiendo temprano o haciendo merienda-cena.

En el prado comían gusanos, y, a mí no me gustaban los huevos fritos; los miraba en el plato esperando que apareciera nadando un gusano en su yema redondita. Tampoco me gustaban las gallinas, esos animales tontorrones que te miran y no te ven con sus ojillos redondos, que parece se los han hecho con un compás y porque las cacas de las gallinas no se llaman cacas, se llaman gallinazas y son enormes. A veces subían a nuestra casita un par de gallinas y nos dejaban un par de... gallinazas.

Nuestra tienda con arroz, lentejas, que nos daba mi madre, hierbas... era una tentación para las gallinas y cuando volvíamos teníamos que abastecer de nuevo el comercio. Las espantábamos y corríamos tras ellas hasta que saltaban al prado.

¡En fin! Nosotras pasamos un completo verano alrededor de la pobre Isocarro, que ahora lucía mejor.

A veces venían otras niñas a jugar y destinamos un espacio al lado del chopo para aparcar los cochecitos de las muñecas.

Llegaron días de lluvia y viento en septiembre, nos cansamos del juego y abandonamos la Isocarro.

Al poco tiempo se la llevó la señora Sara al depósito de la chatarra.

Marta Martín Fdez. Mayo 2018